

1

Miguel

Miguel no era un niño muy fuerte, ni muy rápido, ni muy ágil. Era más bien enclenque y bajito. Pero era valiente, eso sí, muy valiente. ¡Madre mía, qué valiente era Miguel!

¿Que veía una avispa? Él se quedaba quieto, sin problemas, haciendo como que no estaba y la avispa se iba, aburrida.

¿Que le asaltaba el perro rabioso de Pepita? Él iba, y ya podía empezar el perro con su «¡guau-guau, guau-guau!» y con lo de enseñar los dientes y poner cara de «¡que te voy a morder! ¡Que te voy a mor-

der! ¡A que te muerdo!» y todo eso, que Miguel no se amilanaba y le hablaba:

—Pero, perro, no te pongas así. ¡Qué carácter! Chico, relájate, que te va a salir una úlcera —y le cantaba suave—: «Úlceraaaa. Úlceraaaa. No tengas úlceraaaa. Sonríeee y verás qué bieeen».

Miguel era tan valiente que tenía miedo de muy pocas cosas. Concretamente de dos. Eso sí, cuando tenía miedo se le notaba mucho porque se ponía a temblar. Le entraba un tembleque incontenible, una tiritera exagerada que hacía que le castañearan los dientes y, a veces, hasta los huesos. Resultaba muy desagradable para él, aunque muy gracioso para los demás.

Le pasaba cuando Patricia, con la excusa de cruzar la calle, le decía: «Dame

la mano». Pobre, le entraba un tembleque por todo el cuerpo... Y Patricia le decía: «¡Ay, Miguel! Qué gracioso eres». Y el desdichado de Miguel se estremecía entonces con más ímpetu.



Pero lo que más le inquietaba era precisamente lo que no se sabía lo que era, lo desconocido. Durante el día, pocas cosas le eran desconocidas, pero cuando llegaba la noche y su penumbra..., cuando se iba la luz y llegaban las sombras, que parecían cosas que no se sabe lo que son, y los ruidos que no se sabe de dónde vienen ni quién los hace..., uf, la cosa cambiaba.



De la noche a Miguel sólo le gustaba la Luna, especialmente si estaba llena y lucía, grande y luminosa, llenando de luz la noche negra. Eso sí que le gustaba de la noche, la Luna.

